



LAS JOYAS DE MARGARITA
Novela de FRANCISCO

VILLAESPESA

Ilustraciones de ROBLDANO

30 Cént.

Los Contemporáneos

Se publica los viernes

Oficinas: CAÑOS, 4

Apartado 216

MADRID

Precios de suscripción

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

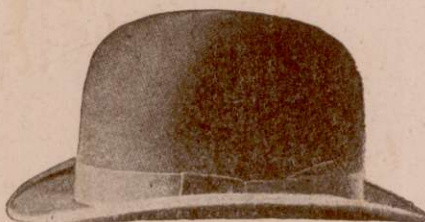
Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18

Anuncios: pidase tarifa.

Número suelto: 30 céntimos

No admitimos colaboración espontánea: sepan pues, los que nos honran remitiéndonos originales que no hemos pedido, que ni los guardamos, ni mantendremos correspondencia acerca de ellos.

GRAN DEPÓSITO DE SOMBREROS INGLESES



Sombrero hongo vilano, 70 gramos
de peso, 15 pesetas.

GRAN SURTIDO EN GORRAS INGLESAS

BRAVE, MONTERA, 6

IMPOTENCIA de AMBOS SEXOS
Radicalmente curada á toda edad por las
PILDORAS OURANIA
Havre descubrimiento. Inmenso éxito. Tratamiento energético y sin peligro.
Curación garantida con un solo frasco.
Envío discreto. Precio del frasco: 10 fr. Laboratoire NORDERN,
31, Passage du Havre, Paris. — Frasco con instrucciones por
correo, ptas 12. — Depósito en Madrid: Farmacia GAYOSO Arenal 2,
en Barcelona: VIUDA de SALVADOR ALSINA 4, Pasaje del Crédito

FOTOGRAFADO
TRICOLOR BICOLOR
DIRECTO LINEA ZINCOGRAFIA
SUG. DE G. PAEZ
33-QUINTANA-33

LA NOVELA DE ALREDEDOR DEL MUNDO

AVENTURAS DE UN HOMBRE DE CIENCIA

Así se titula la obra que Alrededor del Mundo ha empezado á publicar.

Esta sensacional novela, original de los afamados cuentistas ingleses

L. T. Meade y Clifford Halifax

es una serie de singulares episodios, á cual más dramático é interesante. "El ojo de serpiente", "El caso del castillo tirolés", "La enfermedad del sueño", "En las gradas del altar", son los títulos de algunos de los emocionantes capítulos que constituyen las

AVENTURAS DE UN HOMBRE DE CIENCIA

Lo variado de las escenas y de los personajes y el misterio que con frecuencia envuelve á unos y otros hacen de las

AVENTURAS DE UN HOMBRE DE CIENCIA

una de las novelas más interesantes de la Biblioteca de Alrededor del Mundo.

EL BUEN GUSTO
CAMISERÍA Y ROPA BLANCA
Gran surtido en camisas, corbatas, ligas, género de
punto inglés afelpado y de lana, 40 por 100
de economía.
PRECIO FIJO
PRECIADOS, 24, DUPLICADO
EL BUEN GUSTO

"LA COQUETTE"

Peluquería de señoras.

12, CALLE DEL DESENGAÑO, 12.

Postizos última novedad. Casa especial en tintes para el pelo y lavados de cabeza. Se peinan señoras y se dan lecciones.

EN BARCELONA ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en el «kiosco Colón», Plaza de Cataluña, frente al Paseo de Gracia.

FRANCISCO VILLAESPESA

LAS JOYAS DE MARGARITA

EPISTOLARIO SENTIMENTAL

Del Epistolario de El.

I

En las horas de íntimo recogimiento, en esas horas de suavidad y de encanto, en las cuales mi cámara de poeta se viste de fiesta y se engalana con las flores más raras del ensueño, para recibir dignamente á la ilusión fastuosa y alucinante de tu recuerdo, con el fervor de un lapidario antiguo, he cincelado estas joyas nupciales, capaces, por la pureza de su oro y la maravillosa claridad de sus gemas, de acompañar las danzas de Bélkis, la amada morena de Salomón.

Mientras humean en los pebeteros de plata las fragantes y perversas lujurias del Oriente, y la crueldad divina del Amor solloza en las guzlas y suspira en las flautas, yo he realizado el milagro de transmutar todas las ansias de mi cuerpo y todos los anhelos de mi alma, en fabulosas floraciones de rubíes, esmeraldas, zafiros, amatistas, topacios y crisoberilos, para bordar de refulgentes constelaciones la quimera zodiacal de tu manto.

Al sentir sobre tu piel de nardo, sensibilizada hasta la hiperestesia por el deseo exasperado, la mordedura fría y corrosiva de las joyas, y en tus brazos, en tu cuello y en tus muslos, el serpentear metálico y sonoro de los brazaletes, los collares y

las ajorcas, piensa que son mis labios, mis dientes y mis brazos—toda mi carne y todo mi espíritu—que se enroscan en ti, y te besan y te oprimen y te muerden, en la lujuria infinita de este amor que tiene la destructora voracidad de las llamas.

En un rico cofrecillo de sándalo con arabescos de marfil y nácar, un esclavo nubio, desnudo y bello como una estatua de basalto, custodia—hasta tu Alcázar de leyenda—sobre un dromedario, el presente que mi amor te envía desde las más remotas Arabias del ensueño.

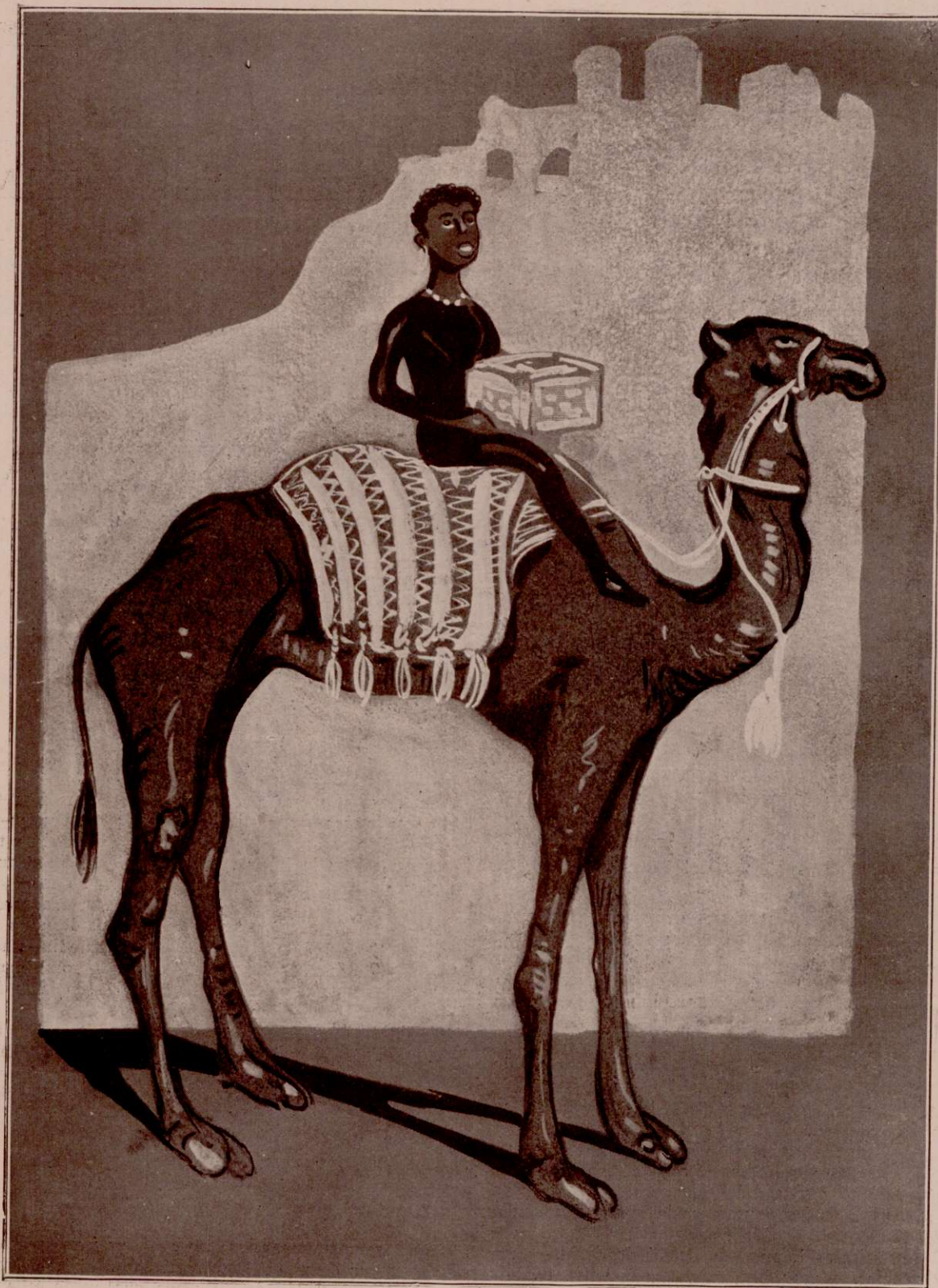
Cuando en la soledad gris y monótona de tu prisión, hiles en la rueca de la esperanza el lino de tus quimeras, y en tus labios, sedientos de besos, florezcan las divinas estrofas de la balada germánica:

“Hubo en Thule cierto Rey,
que á su amada fué constante
hasta el día en que murió...”

El relampaguear insólito de estas joyas te hará palidecer de rubor, y llevarte, de súbito, las manos á la castidad de los senos, cual si de repente te sorprendiesen, desnuda, en la transparencia del baño, las miradas violadoras y voraces de todos los sátiros del Deseo...

Y las dulces y suaves notas de la balada se romperán en tus labios en un temblor de besos y en una agonía interminable de suspiros.





II

Yo me pregunto siempre:
—¿Por qué la amo?

Y en esta interrogación se encierran para mí
todos los misterios de la vida.

Su amor es algo fatal y eterno que, inexorable-
mente, renueva en mi corazón el mito cruel y do-
loroso de las entrañas de Prometeo.

La he amado antes, en presentimiento, como la amo ahora en realidad, como más tarde la amaré en recuerdo...

Y á veces pienso:

—¿No será también este amor un recuerdo?

Todas estas dulces palabras ¿serán ecos de otras voces pretéritas?

Juraría habérselas dicho antes...

Juraría haberlas oído de sus labios...

¿Cuándo? ¿Dónde?

Siempre y en todas partes.

Yo he sido al principio algo suyo, como ella ha sido algo mío...

¿Carne de mi carne? ¿Espíritu de mi espíritu?

Todo, y más que todo.

Y estábamos tan orgullosos de ser uno, que alguna Divinidad, celosa de nuestra dicha, nos separó para siempre, queriendo castigar la soberbia locura de nuestro sueño.

Ella se fué con lo mejor mío, y yo me quedé con lo mejor de ella.

Y desde entonces nos buscamos y nos perseguimos en todos los amores trágicos, á través de todos los amantes célebres.

De nuestra separación nació el Amor.

Y desde aquel momento, las flores, las aves, las bestias feroces, los hombres, las estrellas, todas las cosas vivas de la Creación, se buscan para amarse, ansiosas de recobrar la felicidad perdida.

En su alta torre de granito, con la lámpara encendida para guiarme á través de la obscuridad de la noche y del tumulto de las olas, Ella se ha dormido, cansada de esperar, en las riberas del Hesponto.

Y yo, con los cabellos flotantes á la tempestad, he luchado contra el oleaje hasta estrellarme en la negra impasibilidad de las rocas; los ojos y los brazos tendidos á su amor, con el desesperado esfuerzo de las agonías interminables...

Este terror al mar, á la caricia fría y pegajosa del agua salada, que estremece, á veces, hasta la más profunda raíz de nuestros cabellos, ¿no será el recuerdo ancestral de aquella tragedia nocturna?

Sus manos, en un primaveral plenilunio de Verona, me han tendido, ávidas de las caricias de mis manos, la escala de seda y de ilusión, desde un antiguo y florido mirador de mármol.

Y nuestros labios, en el frenesí de los besos absorbentes, han rimado prodigiosamente, antes que el gran poeta inglés, la inmortel despedida de Romeo y Julieta:

—“Aún es tiempo... Espera... Espera...”

—¿No oyes la alondra que canta?

—No es la alondra... Es el ruiseñor que trina en el granado florido... Espera... Espera...!”

Ese deseo imperioso é irrefrenable que la lleva, en las noches románticas de luna, á la balastrada de su terraza de mármol, y hace que su corazón se estremezca con los perfumes de las rosas y los trinos de los ruiseñores, ¿no será también un recuerdo de aquella escena inolvidable?

¡Oh, cuándo llegará nuestra hora plena, la hora en que volvamos á ser lo que fuimos: una sola alma en un cuerpo único!

¿En qué camino, en qué estrella nos encontraremos, para fundirnos de nuevo y amarnos más

aún que al Principio, porque amaremos en nosotros, no sólo nuestro amor, sino el amor de todos los amantes célebres, de los astros, de las nubes, de las aves, de las fieras, de todas las cosas creadas y por crear en la Naturaleza?

¿Qué importa que aquí y allá, que hoy y que mañana, que dentro de un año, dentro de un siglo, pasemos de largo, sin reconocernos, á través de otros cuerpos y de otras almas?

Para los que aman, la eternidad se reduce á un instante supremo: el instante del beso.

Un solo beso puede prolongar el amor hasta lo infinito...

¿Cuándo nuestros labios se darán ese beso inmortal y único?

III

¿Hermana, amante, esposa, madre, hija...?

¿Vida ó muerte?

¿Qué sé yo!

Todo eso y algo más: yo mismo, porque sin ti no me concibo, porque sin ti yo no sería yo, sino otro, tan absurdo que no me reconocería.

La Vida, el Amor, el Deseo, la Gloria, la Eternidad, Dios y la Muerte, con los siete velos con los que danzas—¡oh, paradógica Salomé!—en mis fiestas interiores, en los divinos banquetes de mi espíritu.

Los más bellos sueños y las más terribles realidades son las ajoreas, los cintillos, los brazaletes y los collares que hacen fúlgidas y sonoras tus más leves insinuaciones.

Yo también, para complacerte, haría rodar, al golpe de un yatagán de plata, sobre amplias bandejas de oro, las cabezas de todos los austeros profetas que rugen maldiciones, encerrados en las mazmorras de mi alma...

Porque sólo tú existe para mí.

Fuera de ti, sólo vive tu recuerdo.

Y tu recuerdo ¿qué es sino mi amor que te multiplica y te adora en todas las cosas bellas de la Naturaleza?

¿Hermana mía, la de los ojos de paloma y las manos de lirio! Mis ojos estallan de dolor, las espigas taladran mis sienes; la sangre ciega mi vista; mis miembros crujen sobre el madero...

¿Hasta cuándo me dejarás crucificado en mi calvario?

¿Amada mía, la de los senos pródigos como fuentes y los labios dulces y frescos como panales! Mi garganta se asfixia, mis venas arden bajo el sol; mis rodillas se doblan... ¡No puedo más...!

¿Hasta cuándo me dejarás morir de sed en mis desiertos?

¿Esposa mía, alma de fidelidad y carne de ternura! La noche amortaja mis cansancios; el huracán azota y encrespa mis cabellos húmedos por la lluvia; el frío paraliza mis miembros, y mi mano se fatiga de llamar en vano á tu puerta...

¿Cuándo veré, en el umbral, á la luz de la lámpara doméstica, resplandecer tu figura, toda de blanco como un ángel bueno, y oíré tu voz que tímidamente suspira:

—¡Entra!

¡Madre mía, regazo de piedad y voz de bálsamo! Tengo sueño, mucho sueño... Mis párpados son de plomo, y mi alma y mi cuerpo devorados por todos los dolores, son como dos cervatillos heridos que van á refugiarse en tu seno...

¿Cuándo tu acento de dulzura y de paz, me adormecerá sobre tu falda, cantándome esas viejas tonadas que no se olvidan nunca?

¡Hija mía, vida de sacrificio y espíritu de inmolación! De tanto llorar cegaron mis ojos; de tanto caminar sangran mis plantas; y mis oídos ensordecieron de tantas palabras vanas como han escuchado... Me encuentro en las tinieblas, perdido entre dos abismos...

¿Cuándo sentiré entre mis manos heladas, el calor de las tuyas, para guiarme en esta noche perpetua?

¡Amor cruel é insaciable, hecho con todos los amores y todos los odios del mundo, ¿cuándo me darás la muerte para renacer á la vida eterna de tu amor?

¿Cuándo...? ¿Cuándo...? ¿Cuándo...?

IV

Al aparecer en mi camino, con tu gracia ondulante y elástica de pantera joven, me has dado el espejismo de otra vida más amplia, más profunda, más sutil, como si fueses la encarnación de todos los divinos engaños y las más bellas mentiras del Universo...

Deslumbraste mis ojos en una gloriosa tarde de Primavera, en que todo parecía hecho y pronto para el Amor, para un amor inextinguible, que como el fénix de la leyenda, muriese y resucitase perennemente de sus propias cenizas.

El crepúsculo se difundía en el mármol antiguo de tu rostro, como si fuese un velo de sombra y de oro, dándote el prestigio secular y misterioso de los más bellos y terribles mitos del Oriente.

Venías pálida de inquietud y de ensueño, como una perla enferma de nostalgia, y bajo el marco floral y sombrío de tus cabellos profusos, tu palidez se espiritualizaba hasta lo monstruoso.

El temblor palpitante de los músculos y de las manos te daban la apariencia de una cosa alada.

Tus extremidades eran tan fluidas que daban una sensación de inexistencia, y los ropajes, de pliegues nobles y tonos claros, armonizaban tan justamente con la hermética fragilidad de tu silueta, como si hubiesen brotado de tu propia substancia y por ellos corriese también, animándoles, tu misma sangre.

Parecías tener dos almas: una misteriosa y extática, encantada en la profundidad nocturna de tus ojos, perdidos en una mística lejanía de imposible.

Y otra, devastadora y cruel, temblando de deseo, en la púrpura encendida de tu boca, de tu boca insaciable, húmeda de voluptuosidad, como si saborease entre sus dientes la presa jugosa y sangrienta de mieles de una granada madura.

A tu presencia palidecí como si comprendiese que algo nuevo comenzaba en mi vida, algo dulce,

fatal, profundamente triste, y cruzado, como una noche de tempestad, de relámpagos crueles.

Y desde entonces, te amo con tan salvaje violencia que hay momentos en los que me parece que siento crujir mis huesos, próximos á estallar, y que mis venas y mis ojos van á romperse, porque no pueden ya contener la febril explosión de mi cariño.

¿Qué divino milagro hay en tus ojos insondables?

Cuando me miras, diríase que es tu alma quien me mira, y me siento desvanecido en humo, en incienso, en plegaria, en un anonadamiento infinito, como si todo mi ser se disolviese en Dios.

¿Qué terrible misterio de sangre ocultas en tu boca roja?

No lo quiero saber. Cuando sonríes, siento que las uñas se clavan en mis carnes, y los dientes muerden en los labios, hasta hacerlos sangrar, como si al paladear la sangre gustase también todas las dulzuras y las embriagueces de tu boca.

Yo te amo, porque eres enigmática y paradójica, porque eres ágil y lúbrica, grave y mística, porque eres todo el amor y el odio del mundo, porque tienes la frente y las manos de santa, los labios finos y crueles, y los ojos de serpiente y de paloma, de leona y de gacela de que habla el maravilloso poeta del desierto...

V

A veces creo que no existes en la realidad, que eres sólo una quimera vana, una sombra alucinante de fiebre, pues no concibo que siendo de carne humana, teniendo corazón, puedas contemplar impasible este dolor brutal, que como lepra insaciable, va devorando los huesos de mi carne y la medula de mi alma.

Una estatua, esculpida en la materia más dura, se hubiese estremecido ya de dolor, hubiese tendido, en un arranque milagroso, sus brazos de mármol á mi cuello para ahogarme de felicidad en ellos.

Si tu esencia es humana, debes ser un monstruo.

Debes tener, en tu corazón de hiena y en tus entrañas de chacal, acumulado todo el veneno de la tierra y toda la diabólica perversidad del infierno.

Me atormentas, me inquietas, me atraes, me rechazas, juegas conmigo y te burlas de mí.

Y mi corazón es en tus manos igual que esos juguetes que rompen los niños, por curiosidad, para ver lo que tienen dentro.

Si las heridas del alma sangrasen, tú no podrías mirar tus manos sin sentir, como Lady Macbeth, el horror de la sangre y el remordimiento del crimen.

VI

Muchas veces, en horas tuyas, he pensado, al mirar en los espejos encantados de la soledad y

del silencio, multiplicarse hasta un infinito de ensueño, fulgurantes de ti, mis insomnes pupilas:

Mis ojos, ¿son mis ojos ó son los tuyos?

Solo á ti veo en ellos, como si tú y yo fuésemos algo tan consustancialmente inseperables como la sombra y el cuerpo.

pupilas, ¿nacieron de mis insomnios ó de los tuyos?

Ciñen realmente, como coronas de amor, mis ojos, ¿ó las he visto en los tuyos, y, por eso las veo ahora en los míos?

¿Las he soñado en ti ó en mí?



Cuando desapareces tú, viene tu recuerdo; y mis ojos se llenan de joyas de oro, de chispas de diamantes, como si fuesen cisternas donde se reflejasen todas las estrellas del cielo.

Estas ojeras que agrandan y ensombrecen mis

¿Brotaron bajo tus besos ó bajo los míos?

Violetas efímeras, se abren en el transecurso de una mirada furtiva, y se deshacen en un fugitivo parpadeo, para volver á brotar y á morir. Y así siempre, como este amor que se enciende y se apa-

ga eternamente, y que desaparece para surgir de nuevo más intenso, más voraz, más absorbente, y para el cual no hay tiempo, ni barreras, ni distancias, porque sabe hacer de la misma muerte un principio de vida.

Ojos tuyos, ojos míos, ojos de los dos... ¿Hasta cuándo seréis distintos?

¿Hasta cuándo?

¡Oh, el día en que todo lo veamos á través de un solo sueño, y no exista ni lo **tuyo** ni lo **mío**, sino lo **nuestro**!

VII

Muchas noches me acarician mis manos entre sueños, y despierto, temblando de emoción, creyendo que son las tuyas que me reclaman á la vida.

Bajo la luz velada de la lámpara de bronce, bajo la luz casi irreal que nos vigila, me curvo sobre el lecho y me quedo inmóvil, horas enteras, contemplando transparecer mis manos, idealizarse, hasta confundirse con las tuyas, siguiendo con mis besos los caminos azules de las ventas y las líneas complicadas y agoreras de sus palmas cálidas y suaves como terciopelos vivos.

Te deseo, te busco, te palpo y te acaricio en mis propias manos, bellas y exangües como las tuyas.

¿No serán nuestras manos una misma cosa?

¿No serán dos rosas gemelas de romanticismo, que brotan y se deshojan bajo la blanca frialdad de la luna, en un mismo rosal de ensueño?

¿Tú no has acariciado nunca mis manos en las tuyas, como yo acaricio las tuyas en las mías?

Mis manos huelen á tus manos, están ungidas de ti, de tus cabellos, de tu cuerpo, de tu alma, de todo lo tuyo.

Las aspiro hasta embriagarme, hasta palidecer, hasta extenuarme, como se aspira un perfume mortal, una de esas flores raras de la India que dan el olvido y la muerte. Y muchas veces, siento ansias irresistibles de morderlas, para absorber en ellas, como un veneno, el sabor eterno y único de tu sangre divina, siempre la misma y siempre diferente.

VIII

¡Tu sonrisa...!

¿Qué es tú sonrisa?

Para la frivolidad, una gracia más, entre las infinitas gracias que se adornan contigo.

Para los que sienten hondo y piensan alto, un enigma, algo así como la suprema síntesis de la vida y de la muerte.

Para mí, es algo más: una revelación. Es toda el alma que afluye á flor de tus labios y se desborda en ellos, como un vino generoso de oro en un cáliz de rubíes, porque tu cuerpo es ya pequeño para contenerla.

Tu sonrisa es como un tálamo imperial de púrpura y de perlas, donde nuestras almas se entre-

gan á los espasmos frenéticos de su amor insaciable de dioces.

De tu sonrisa surgirá algo eterno, inmemorial, que pondrá un sello de admiración en los labios de las generaciones futuras.

De las cinco partes del mundo saldrán interminables caravanas de gentes, sedientas de dulzura, para purificar en tu sonrisa sus vidas atormentadas.

Yo haré de ella, como el divino Vinci de la sonrisa de Monna Lisa del Giocondo, la síntesis suprema del Arte.

Cuando sonrías me siento inundado, hasta en los poros más ocultos, de un rocío místico.

Mi alma entera se disuelve en tu sonrisa, como un grano de incienso en una patena de oro y de rubíes.

Y mi alma, y mis labios, y mis ojos y hasta la raíz de mis cabellos, sonríen también, como si todo mi ser fuese un espejo que centuplicase tu sonrisa.

¡Oh, tu sonrisa! ¡Sonrisa de ayer, sonrisa de hoy, sonrisa de mañana, libre de toda ley de tiempo y de espacio, capaz de amansar, en los circos, á los leones más feroces!

¡Mi lujuria es también un león domesticado por tu sonrisa!

IX

¿Te acuerdas?

Desde el esbelto mirador gótico, que blanqueaba de mármoles en la fantasmagoría romántica de la luna, inclinada sobre el silencio de la noche, como sobre un corazón moribundo, esperabas el milagro...

Y tu ansiedad era tan profunda que varias veces te llevaste la mano sobre el pecho, temiendo que fuera á estallar de impaciencia.

Tus collares, tus joyas, y tus ropajes recamados de gemas, te ceñían como llamas vivas, en un incendio de fastuosa pompa oriental.

Y tu carne de seda y de ensueño, se retorció y temblaba, como una santa en el martirio purificador y purpúreo del fuego sagrado.

Bajo el peso de tus cabellos profusos, como bajo una tiara fabulosa, se curvaba tu cuello, en una interrogación persistente y desolada...

¿Qué preguntabas á las aguas verdosas de algas y fosforescentes de luna y de misterio, de los canales desiertos?

¿Qué buscaban tus ojos, perdidos bajo los arcos marmóreos de los puentes, en la alucinación nocturna?

¿A qué fantasma, á qué sueño tendías las manos anhelantes, en la soledad blanca de luna y perfumada de jazmines, de la hora romántica?

La silueta lejana y confusa de una góndola empavesada de flores como un tálamo nupcial, tembló en la profundidad insomne de tus pupilas; y el rumor remoto de unos remos de plata, algo así como un desgarramiento de frágiles y trémulas sedas de cristal, llegó á sus oídos, atentos á la noche y á la esperanza, haciendo palidecer con livide-

ces de marfil viejo tu altivo semblante de medalla antigua, de camafeo bizantino.

Después... ¿Recuerdas aún...?

Tus cabellos largos y profusos, olorosos á todas las intimidades de tu cuerpo, descendieron, tem-

blando, en el silencio, como una escala de amor y de misterio. (

Y tus brazos, y tus ojos, y tus manos y tus labios, y toda tu carne voraz, hambrienta de caricias, y toda tu pobre alma sedienta de ternuras,



desfallecieron de felicidad, en un éxtasis que dejó en tus recuerdos algo así como el presentimiento de los cielos.

Noche epitalámica, noche perfumada de cabellos y de algas, sonora de oleajes y de besos, ¿exististe alguna vez para nosotros...? ¿Existirás aún?

Los siglos, los años, los días y los instantes pasan y tornan de nuevo para volver á pasar; y siempre hay una sombra esperando en un mirador, y una góndola dispuesta á zarpar para donde la esperan.

Pero la mayor parte de las veces la góndola pasa, pasa, se aleja y se pierde... Y sólo ven nuestros ojos blanquear, á la luz de la luna, un pañuelo que nos dice adiós para siempre, camino de la fatalidad...

X

Sí, tu mano ha tenido hoy para mí crueldades insospechadas y monstruosas...

Tu mano, tan frágil que parece pronta á deshacerse, como si fuese de humo, al soplo de un aliento; tu mano de suavidad de terciopelos y mansedumbres de paloma, se ha trocado ahora en un halcón hambriento.

Ha clavado, sin misericordia, sus garras de acero en mi corazón, estrujándole, avaramente, hasta dejarlo sin una gota de sangre, como una esponja exhausta.

Y mis ojos lo han visto...

Sí, estos ojos que sólo te ven á ti, siempre, de cerca y de lejos, abiertos y cerrados, han llorado en silencio toda la desesperación de su orgullo afrentado en pleno rostro, viendo tu mano entregada, con abandonos de amante, á la caricia frívola é inexpressiva de otras manos vulgarmente curiosas...

¿No sentiste clavarle en tu nuca, hasta abrazar la raíz más honda de tus huesos, la fulminación ardiente y violenta de mis ojos celosos?

¿Desgarró algún puñal tus entrañas?

¿Sentiste en el corazón la mordedura venenosa de un áspid?

Lo cierto es que ahogaste, de súbito, un débil grito y palidiciste como una muerta, y te vi vacilar como si te acometiesen de pronto los temblores de la agonía...

Tu mano, esa divina mano que yo estrecho en sueños y á cuyos dedos he ceñido tantas veces, como sortijas nupciales, todos los rubíes y los granates de mis besos, es con su belleza heráldica como una invitación al deseo de todos los ojos, de todas las manos, de todos los labios...

¡Oh, yo quisiera que esa mano tan bella, que nunca puede olvidarse, fuese presa de la lepra más repugnante para que nadie se atreviese á mirarla, á tocarla, á besarla, más que mis ojos, mis manos y mis labios!

XI

Esos galantes cortesanos que te rodean, que espían y se reparten tus sonrisas como joyas hur-

tadas, que se arrodillan á tu presencia como si fueses un ídolo, que babea de lujuria, siguiendo el rastro de tus perfumes, y palidecen como eunucos bajo la música de tu voz, ¿qué aman en ti, sino lo externo y superficial, aquello que no es exclusivamente tuyo, porque es de todos: la Belleza, la Juventud, el prestigio místico de tu Bondad y la virtud milagrosa de tu Inteligencia?

¡Oh, ridículos cortesanos, no comprenden que todo cuanto aman en ti es vil y deleznable, anodino y efímero, como los deseos y las esperanzas que despiertas en sus carnes fugaces, agusanadas ya por la Muerte!

Esa belleza tuya tan suave, tan frágil, tan delicada que reclama el pincel místico de Botticelli, ó el mármol puro de Donatello, ¿qué puede durar?

Mañana un accidente cualquiera, una enfermedad, no dejarán rastros de ella.

Un ácido puede comerse lo que todos anhelan.

La viruela conseguiría hacer desaparecer las líneas impecables de tu busto clásico.

Un cáncer pudiera devorar tus labios y corroer tus ojos, para absorber tu sonrisa y beberse la luz de tu mirada. Y entonces, ¿qué amarían en ti tus cortesanos?

¿Qué verían los espejos que palidecen al copiarle, sino la floración sangrienta y repulsiva de tus llagas? Y esa juventud tuya, tan incitante y tan comunicativa que hasta hace soñar á los viejos decrepitos y á los árboles secos, con resurrecciones y primaveras imposibles, ¿qué es sino un débil reflejo y una vaga sombra de tu belleza?

Los años arrugarán tu tez, exprimrán tus senos, deformarán tu vientre... Adelgazarán tus dedos de tal forma que los anillos se caerán de ellos por sí solos, y serán tus ojos como dos espejos turbios donde habrá de reflejarse el tedio profundo de la vida sin objeto.

Y entonces, ¿qué harán tus cortesanos? ¿Para qué servirán tantas joyas y tantas galas, como hoy almacenas en tus arcones de cedro tachonados de lises de plata?

Serás como una momia egipcia amortajada en sedas, en perfumes, en púrpuras y en oros.

¿Y qué decir del prestigio de tu bondad?

Tu bondad sólo pueden amarla los eunucos.

Tu bondad es de todos...

A todos se entrega y se reparte por igual... Es la gamella pública donde los miserables se comen las sobras de los espléndidos festines de tu alma. Y tu inteligencia, tu pobre inteligencia de mariposa que va, de flor en flor, libando en todas y sin concretarse en nada ¿qué es y qué vale, comparada con las grandes inteligencias creadoras que descienden hasta los abismos más profundos y se elevan hasta los astros, para extraer la suprema y fecunda síntesis de una idea nueva?

¿Acaso tu vivaz inteligencia de golondrina puede mirar cara á cara al sol, sin quemarse, como las águilas?

¿Podría despojarse de todo abrigo carnal, en la soledad de la cumbre más alta, y vivir eternamente, calentando el mármol de su propia estatua? ¿Sería capaz de atravesar los desiertos, sin morir de sed?

¡Oh, tus mezquinos cortesanos, sólo aman en ti lo que tienes semejante á ellos, lo superfluo, lo ba-

ladí, lo fugitivo, todo lo que está dentro de la ór-
bita del tiempo y del espacio!
;Cuán diverso es mi amor!

ra á través de todas las vicisitudes, de todas las
evoluciones; lo que hay en ti de inmortal y único:
tu alma de elección y de insaciabilidad, que es



Yo te amo á ti misma, por ti misma, sin ningún
otro prestigio, sin ningún otro valor.
Adoro lo que tienes más de tuyo, lo que perdu-

también como un prolongamiento sonoro de la
mía.
Y desprecio tu belleza y tu juventud, y tu bon-

dad y tu inteligencia, porque son comparadas con tu alma como startas y collares de vidrio frente al oro más puro y las gemas más gloriosas.

Y aunque tu cuerpo sangre con una llaga, aunque la edad te curve como á un ramo seco, aunque te trueques en venenosa como un áspid y en cruel como una hiena, y tu inteligencia descienda hasta el nivel de la de esos cortesanos que se postran y rodean tu trono, yo seguiré amando en ti lo que en ti hay de eterno y de mío.

Y tú, fatalmente, hoy, mañana, dentro de un siglo, aquí, en el infinito, saltando trágicamente por cima de todos los deberes, de todos los obstáculos, en contra de tus propios sentimientos, vendrás á fundirte conmigo, porque sabes que tu altivez de reina sólo puede rendirse ante mi orgullo de Dios.

XII

¿Por qué me abandonas? ¿Por qué te vas? A tu lado, por ti y para ti, yo segaré con mi hoz de oro los más altos, verdes y frondosos laureles. Mi magnificencia fabricaría á izares maravillosos, donde las horas y los siglos pasasen como visiones de ensueño.

Conquistaría, con mi amor, los más fabulosos y lejanos imperios de la Inmortalidad... Y los héroes más fuertes y los Dioses más altivos, se inclinarían á tu paso, deslumbrados por el fulgor eterno de mi gloria. Porque tú eres para mí la fuerza más potente, el torbellino de ambición y de grandeza, capaz de trasportarme á la meta suprema del Universo. Mas si te alejas, si tú te vas, ¿qué va ha ser de mí?

La hoja seca á merced del viento, el náufrago entregado á la tempestad, estarán más seguros de su destino.

¿Qué van á hacer, lejos de ti, mis ojos, estos pobres ojos que sólo viven de los tuyos, por el deseo de verte y la esperanza de contemplarse algún día en el espejo encantado de tus pupilas?

Si tú te vas será como si me arrancasen las retinas.

Se quedarán mis ojos inmóviles, llorando en la obscuridad, como dos huerfanitos ciegos.

¿No te dará pena de su orfandad y su ceguera?

¿Los dejarás perecer, deshechos en lágrimas de sangre, porque ya no les queda llanto?

¿Qué va á ser de mis manos, de estas pobres manos que sólo viven para las tuyas, para rozarte, para acariciarte, y para convencer á mi corazón de que no eres una quimera, sino realidad tangible y gloriosa?

Sin ti, sin tus manos, las mías son como dos míseros tullidos abandonados por todos entre las llamas de un incendio.

¿Vas á dejarlas morir en el martirio inaudito del fuego?

¿Qué han de hacer mis labios si tú te marchas para siempre?

Mis labios que sólo para ti se mueven y hablan, que sólo por ti y para ti sonríen, concentrando en el panel de su sonrisa todas las mieles de los besos, ¿para qué me servirán, si contigo han hui-

do todas las armonías y todas las dulzuras de la tierra?

¿Cómo vas á dejar á estos pobres mudos, sin amparo y sin consuelo en medio de la inquietud afecinante de la vida?

¡Oh, no te vayas!

Te lo piden mi alma, mi corazón, mis ojos, mis manos y mis labios; todo mi espíritu y toda mi carne, anhelante de ti y soñando con tu presencia.

Te lo suplico en nombre de cuanto existe de santo y bello sobre la desolación de la tierra... ¡Por mí, por ti misma, por la felicidad de los dos, que es la única que podemos encontrar en la vida...!

El amor que se va no regresa.

Y si acaso, milagrosamente torna, mejor fuera que no tornase, porque vuelve desfigurado, tan otro que no sólo no podemos reconocerlo sino que además nos causa repugnancia su presencia. Y entonces los amantes se paran con extrañeza, se miran fijamente, ansiosamente, hasta el fondo de los ojos, como si buscasen algo perdido, y desilusionados de no encontrarse, se dicen á sí mismos, viendo los estragos del tiempo y las vicisitudes de la fortuna:

—¿Y ésta es aquélla?

—¿Y éste es aquél?

Y se alejan en silencio, sonriendo melancólicamente al ensueño que acaban de enterrar en sus almas.

XIII

Muchas noches no sólo te presiento en torno mío, sino que te siento y hasta te miro á mi lado vigilando mi angustia.

Me parece que te acercas, sigilosa, á mi lecho, desnuda de todo pudor, con un perturbador ofrecimiento en los senos turgentes y blancos, una promesa torturadora en los ojos voraces y una invitación paradisíaca en los labios plétóricos de infinito...

Y estremecido de deseo, me alzo del lecho, te tiendo los brazos, y te busco, con impaciencias de niño, entre los cortinajes, en los ángulos, detrás de las puertas y bajo las sábanas...

Recorro como un loco la casa, llamándote á gritos, buscándote por todas partes, sin saber que jamás podré encontrarte, porque no estás fuera de mí sino en mis ojos y en mi corazón, en el fondo de mi alma...

¿Qué me importa que me ames ó no, qué seas mía ó de otros, si tengo la certidumbre que así como tú vives en mí, yo vivo también en tus recuerdos inalterable y fatal como nuestro propio destino?

¿Ves esa sombra que te acompaña siempre, como un esclavo etíope á una reina fabulosa, que cruza por donde cruzas, que se pierde contigo en las noches de luna, por las largas avenidas de cipreses que terminan en el estanque donde los cisnes esperan las caricias de tus manos?

Esa sombra soy yo: mi amor que te espía, que te vigila y ampara, que no te abandona un mo-



mento, y que cuando la tierra te cubra con su abandono y su olvido impenetrables, se sentará allí á llorarte eternamente sobre la losa de tu sepulcro, al pie del ángel y de la cruz de mármol...

Todo será inútil, todo... Y algún día, acaso las

manos de tu amante te ahoguen, al oírte pronunciar, en los espasmos fugitivos del placer, la incoherencia de mi nombre, como yo lo pronuncio, á veces, incoscientemente, entre los brazos mercenarios de un amor de alquiler... Porque yo amo

tu carne en la carne de todas las mujeres, como también amo la luz de tus ojos en el fulgor de todas las auroras y el perfume de tu aliento en el perfume de todas las flores de la tierra.

XIV

No para tus pobres oídos mortales, sino para que las escuches con lo más íntimo y puro de tu alma, escribo estas palabras incoherentes; palabras sueltas, como notas dispersas de una canción perdida en los vientos, como perlas desengarzadas de un collar roto por las manos displicentes del tedio en los momentos más áridos de la vida.

Tuyas son. Sólo tú puedes reunir las de nuevo en un ramillete de emoción y de armonía. Sólo tú puedes volver á engarzarlas en los hilos de oro de este rosario sentimental.

Tú sabrás comprenderlas y sentirlas, porque el dolor y la nostalgia han sensibilizado tanto tus oídos, que puedes no sólo escuchar, sino interpretar el silencio. Desde las ruinas de mi corazón van al tuyo, sangrando en un vuelo cándido de palomas heridas...

Manos de piedad y de consuelo, de paz y de salud, sed propicias á estas líricas palomas moribundas! ¡Dadles un poco de calor sobre su seno y un poco de eternidad en sus labios...!

Y si después las soltáis, para que vuelen á morir en la soledad gris de sus desiertos, su agonía será menos dolorosa, habiendo sentido el calor de su seno y la ternura infinita de sus labios!

Amada de ayer, de hoy y de mañana, de la Santísima Trinidad del Tiempo, que en tu cámara vasta y fría, te deshojas de soledad y de abandono, como una flor enferma bajo las primeras lluvias del Otoño, contemplando la inutilidad frágil y bella de tus manos transparecer á la luz melancólica de los góticos lirios emplomados... Un paje enlutado se curva ante tu trono y deposita sobre tu falda, como un tesoro, este pequeño libro miniado y florido de sangre y alma, y después, se retira silencioso y pálido, desvaneciéndose detrás de los cortinajes, como la sombra de quien no ha de volver nunca. No le preguntes, no le detengas; no inquieras adónde va, ni de dónde viene, ni quién te envía este libro...

Abre sus páginas, y en tus horas de soledad y de abandono derrama sobre ellas una lágrima, una sola lágrima de misericordia por el que nunca ha de volver.

Y acaso veas, al milagro de tu llanto, trocarse en joyas maravillosas para atavío inmortal de tu belleza, las palabras locas é incoherentes que ahora te engarzo en este rosario sentimental...

Del epistolario de ella.

I

Yo no os escribo la dulce carta, que mi corazón ha compuesto, como respuesta á vuestras páginas impregnadas de perfume y de luz. De escribíroslo

tal como la siento, no podría mirarme ya nunca al espejo, temerosa de verme en su cristal encendida de rubor... Porque hay ciertas cosas que las mujeres no pueden confesar ni á su propia conciencia.

Limitome, por lo tanto, á agradeceros profundamente el regalo imperial de vuestras confidencias.

¿Con qué...? Sólo mi alma lo sabe... Y mi alma es muda, no tanto por respeto á mí misma, como por temor á haceros desgraciado, aún más de lo sois, con la inoportunidad de mis sinceridades.

El anuncio de vuestro viaje me ha llenado de satisfacción...

¿Podremos esperar que la próxima Primavera nos traiga á los dos, como un presente floreal, un nuevo bien que nos torne fuertes contra todos los males, y una fortuna que nos haga olvidar todos los dolores sufridos...?

Cuando vengáis á esta tierra de encanto, al arrullo de este mar azul, os diré por qué hoy, yo, no puedo soñar vuestro magnífico sueño, porque hoy debo, rudamente, rechazar vuestra esperanza, esperanza tan llena de poesía, tan prometedora de felicidad, tan humana y á la par tan divina, que me ha conmovido profundamente...

Pero yo os ruego, á pesar de todo, os ruego, amigo mío, por todo lo que de más santo haya en vuestros recuerdos, que no me olvidéis entretanto. Es cierto, sí, cuanto habéis soñado... Es cierto, en mi corazón podríais encontrar las palpitaciones de aquel corazón que tanto amasteis y del que no queda ya ni el polvo de los sepulcros... Sí, sí, en mis labios podríais reflejar, para embriagaros de ternura, la sonrisa perdida y recordada y añorada eternamente... Y en mis manos y en mis ojos encontraríais también todos los divinos consuelos y todas las humanas felicidades que fueron á perderse en el olvido de la nada...

Es cierto, y yo he tenido que hacerme á mí misma una violencia inaudita para no ver esta visión de paz, para no extender, pronta á vuestro reclamo fraterno, mis brazos fieles de enamorada, á través de los montes y del Océano.

Yo os auguro la más orgullosa victoria, y le pido á Dios, de rodillas, en mis constantes oraciones, que derrame sobre vuestra dolorosa soledad el bálsamo de todos los consuelos... Y ¿por qué no decirlo? ¡¡Diera hasta la última gota de mi sangre, porque mis pequeñas manos inocentes os pudiesen conducir, eternamente, por un camino de sol y de flores, por una senda gloriosa, amplia y llana, ignorada de la vulgaridad y de la muchedumbre...

Enviadme siempre, si esto no os causa molestia, nuevas de vuestra vida atormentada de luchador, y creed en mi perpetua devoción y en mi sincero entusiasmo.

No extrañéis mis largos silencios, pues en ellos acaso, estoy más cerca de vos que amante alguna lo estuvo jamás de su dueño.

Gracias por todas las bellas cosas que me decís; gracias también por las que aún no me habéis dicho.

Yo os sabré pagar tanta delicadeza, con toda la efusión de mi alma y todo el afecto fraternal de mi corazón...

Pero mejor sería que me olvidaseis, que no me

escribieseis más, dejando morir tranquila, sin un nuevo anhelar, sin otra nueva esperanza, á esta enferma desahuciada de la felicidad...

Febrero, 1900.

II

¡Oh, hermano! ¡Oh, hermano! He recibido vuestra carta, como una consolación divina en estos días pasados de desolación y de sombra, y vuestro bello sueño de porvenir y de esperanza me ha hecho despertar, sin tristeza, de un antiguo sueño de amor.

Me decís que conocéis mi alma, que quisierais tenerla entre vuestras manos para hacerla palpitara con todas las felicidades de la tierra y extasiarla con todas las paces del cielo...

Pues bien, yo, hoy, os confío esta alma.

Os la confío para salvar de un supremo remordimiento esta ardiente juventud mía, que tiende desesperada los brazos á la altura, sin encontrar más que el vacío obstinado y cruel...

Mi alma está enferma de desilución y de cansancio...

Vos, quizás, podréis curarla aún, haciéndole de nuevo creer en la virtud milagrosa de la vida...

Vuestras promesas pueden ser la salvación...

Yo venzo los mares, yo venzo la distancia y el tiempo, yo venzo el dolor y la muerte, y vengo á hacer florecer en vuestro corazón la augurada y eterna primavera...

¡Quizás, un día, el destino podrá unir nuestras aspiraciones, como unía en las antiguas monedas los perfiles reales!

¡Quizás, nuestras existencias enlutadas no encontrarán la resurrección conque sueñan!

¡Quizás...! Quizás este dolor podrá darnos la alegría, y esta comunión nos indemnizará de todos los afectos perdidos y de todas las esperanzas que huyeron...

Vos lloráis á una dulce mujer tan frágil y tan suave que se perdió en la vida, como una sombra detrás de un cortinaje: yo lloro á un hombre que jamás vi y que tan sólo amé, en cartas apasionadas...

Vos lloráis un bien perdido; yo lloro un bien que soñé poseer...

La suerte tuvo para nosotros una palabra y una sonrisa...

Nosotros podemos recordar, conmemorar y eternecernos juntos...

En vuestra vida hay una virgen profundamente amada, que era digna del amor y fué presa de la muerte.

En mi vida hay un desconocido, que va vivo entre los muertos, indigno de todo recuerdo...

Nosotros podemos darnos las manos, podemos caminar unidos, y creer que al final hemos de hallar un puerto y un reposo...

Sofnemos, hermano... Sofnemos...

Yo vengo á ti, corazón dolorosamente asaeteado por el amor...

Venid á mi encuentro...

Dadme rosas y rosas... Las espinas me han lastimado, impidiéndome caminar...

Venid á mi encuentro... Esplenderán aún los horizontes de primavera, si yo puedo mirarme en vuestros bellos ojos, como en los ojos de la fe...

Yo vengo á la patria nueva, para olvidar los destierros, las nostalgias, todo mi pasado de guerra y de derrotas...

Vengo, imagen de mansedumbre y de devoción, á prestaros compañía en vuestras noches de insomnio, á sonreír á vuestros trabajos, á poner un ramo de humildes violetas sobre vuestra escribanía, y dar á vuestros labios y á vuestra frente los besos con que sueñan, porque los han perdido...

Yo sabré ser para vos la amante, la esposa, la hermana, la madre, y la hija, todos los amores femeninos del mundo...

Sofnemos, hermano mío... Sonriamos á nuestro sueño.

Mirémonos ahora en las almas, para poder después mirarnos mejor en los rostros...

Ahora es aún invierno, mas pronto Marzo nos dará la maravilla renovadora de su sol tibio...

“¡Quisiera deciros tantas ternuras, tantas cosas suaves y dulces...!”

Mas no puedo aún; no es tiempo todavía...

Estoy enferma... pavorosa de tomar una medicina que recrudezca mi mal en vez de aliviarme...

Tengo miedo de engañarme otra vez, de vivir, de todo lo que me rodea y de lo que puede llegar.

Tengo miedo, mucho miedo, de vos y de mí...

Perdonad que no os haya escrito tan pronto como deseabais... Tengo miedo, os repito...

Recordadme siempre, ¡oh hermano de arte, hermano de dolor, y hermano también de esperanza!, como yo os recuerdo á vos, á vos que podéis ser el amor eterno, la gloria que no pasa, la poesía soberana...

Febrero.

III

A veces dialogo con mi alma, y le digo, en un fiero arranque de orgullo:

“Alma mía, alma mía: sé fuerte y prosigue tu camino.

No te detengas á sestar en el oasis. Las flores y las aguas claras quizás escondan tósigos de muerte...

Alma mía, alma mía, á la sombra de las palmeras sueñas encontrar reposo—aunque sea breve—para tu caminar cansado y errante, y una sonrisa—aun la más leve—para la suerte ignota...

¡Alma mía, alma mía, los engaños te tienden de nuevo sus brazos rapaces, te llaman de nuevo con sus voces de oro!

¡No escuches esas voces de oro! Camina... ¡Cada promesa no encierra más que un nuevo afán!

Avanza siempre, avanza en el desierto.

Bajo el sol y el torbellino, avanza siempre serena...

No quedan rastros en los arenales... El viento borra todos los pasos, lo mismo los firmes que los débiles...

Sin infamia, sin méritos, sin odios, ¡y sin amor...! ¡Alma mía, qué pena!

Eres tú, pobre alma, ¿quien pide llorando un ramo de azahar, un blanco velo y una fragante cadena de albas rosas nupciales?

¡Alma mía, alma mía; camina, y conoce la verdad desnuda y triste:

No serán para ti, que eres pobre, ni los besos ni las flores...

Alma mía, alma mía, que eres como una niña huérfana y tímida, ¡tú no gozarás de nada! La vida es avara, y guarda terriblemente sus dones...

Alma mía, alma mía, tú morirás sola, sin besos y sin flores..."

¡Os mando esas páginas dolorosas, arrancadas de un pequeño libro donde he ido anotando, pulsación por pulsación, todos los latidos de mi vida!

Marzo.

IV

¡Oh, amigo mío, ¿no ha desgarrado vuestro corazón la última carta que me habéis escrito?

¿Aún pensáis en mí y me recordáis, á pesar del tiempo, la distancia y mi silencio, con la misma poesía é idéntica fe que aquellos días remotos de ensueño y de delirio?

Yo he estado en los umbrales de la muerte, y hoy mismo os escribo aún con medio cuerpo enterrado dentro de la sepultura.

He pasado por los más atroces sufrimientos morales y materiales. No ha habido prueba por la cual yo no haya pasado, ni tortura á la que no haya estado sometida...

Todo lo he perdido, y soy ahora una pobre criatura que después de mirar arder su casa, se sienta sobre las ruinas, entre los escombros humeantes, para llorar lo irreparable de su fortuna...

Vuestro afecto es sólo la única estrella de mi oscura noche.

A él confío la postrera esperanza de mi vida.

Mis manos se tienden á las vuestras, os las estrechan avaramente, os oprimen como diciéndoos, en su mudo lenguaje:

—¡Volved á conducir á mi pobre alma desterrada, á su reino de amor y de paz!

¿Podréis abandonarme en esta desolación inaudita?

¿Podréis negar el apoyo de vuestro brazo á esta mísera moribunda del ideal, que lo necesita, no sólo para sostenerse, sino también para olvidar, por un instante tan sólo, todos los viles prosaísmos de la vida?

¿Podrán vuestras manos negarse á cerrar los ojos, de los cuales habéis sido siempre el más dulce sueño y la más constante alegría?

Mandadme una sola palabra de aliento.

¡Es el único sorbo de agua que el destino ha concedido y puede conceder á la sed insaciable de mis desiertos espirituales!

¿Me lo negará también vuestra piedad?

Tan desengañada estoy de la vida que hasta de vos llevo á desconfiar...

¡He sufrido tanto en estos años de soledad y de silencio, de diálogo constante con mi desgracia!

Necesito oiros, veros con estos ojos que sueñan

con los vuestros perennemente, palparos con estas manos que solamente por vos alientan, para convencirme que no sois también, como todo, una quimera, una sombra intangible!

Decidme, sí, decidme, y repetírmelo en todos los tonos y á todas horas, que vuestro sentimiento por esta ignota será más fuerte que todas las alegrías y que todos los dolores!

Enero.

V

Amigo mío, no he contestado antes á vuestra larga y afectuosa carta porque tenía el ánimo demasiado dolorido.

Yo he visto morir, por obra de la fatalidad, una poesía que creí había de conducirme á la más alta felicidad, y al más glorioso porvenir... Mas no hablemos de esto... Vos estáis aún en plena convalecencia, y es un verdadero crimen decir que la vida es triste, que la traición es el único visitante de los corazones entusiastas y sencillos, que para nosotros, los soñadores, el camino es áspero y vacío, privado de luces y de flores.

¡Oh, amigo mío, vos sentís la deslumbradora nostalgia de los campos andaluces y de los mares latinos...!

Yo siento, en cambio, la nostalgia de un desierto donde jamás llegue, un motivo de esperanza, y ni aun pase la sombra de un hombre...

¡Oh, ignoto, oh, lejano amigo! ¡Yo sonrío á todas las dulces promesas que me hacéis y me enorgullece que esta correspondencia se mantenga firme en el tiempo y á través de todas las vicisitudes de la fortuna, brindándonos la recíproca consolación de su ternura inagotable!

Os envío esas pobres páginas de mi adolescencia. Leedlas con toda la indulgencia que os inspire mi amistad: florecieron sinceramente en mí.

Después mi juventud, que ha conocido la lucha y las verdaderas derrotas, que ha conocido la lucha horrible por el pan de cada día, y que ha llamado desesperadamente al sol, vió nuevos horizontes y abrazó un arte más fuerte.

Vuestra pluma infundirá á estas pequeñas prosas el viejo perfume y la vieja frescura, y alguna bella jovenecita de España pensará, con un poco de simpatía, en esta pálida y desterrada jovenecita de Italia, que pasa eternamente los días mirando ansiosamente el mar azul, con la esperanza de verlo surcado por una nave blanca, por una vela blanca, que le traiga el mensaje de la fortuna.

Yo os auguro y deseo todos los bienes y todas las paces!

Aquí ya se presiente y adivina la primavera, en el aire suave y un poco cálido y en las flores de almendro que nievan el musgo florido de violetas...

Marzo, 1900.



VI

Hoy te envié una cosa muy bella, ¿no sabes, alma mía?

Te envié lo más santo y puro de mi alma... con una golondrina...

Un beso muy grande, inmenso, infinito...

¡Qué divino fué aquello...! ¡Si hubieses visto!

Estaba repasando la lección de piano á mis hermanas, en una habitación muy chiquita y muy alta, desde donde se ven el sol y el campo.

Ensayaban unos estudios de Clementi, los eternos estudios que tanto fatigan á las niñas, cuando se entró por el balcón abierto á la tarde, un pájaro, pidiendo; chillando, que alleteó entre las flores de mi propio sombrero...

¡Qué alegría! ¡Qué risa!

Lo tiramos todo, pizarras, métodos, libros, hasta las sillas y el taburete...

La más pequeña cerró los cristales del balcón.

Pallmoteábamos de contento...

El pájaro describía círculos inverosímiles, ascendía y bajaba, rápido, como una flecha, tropezando en las paredes, en los cortinajes, en el techo...

Se quiso escapar por un espejo... Y cayó en mis manos, sobre la vieja consola que preside tu retiro...

¡Qué bello! ¡Qué alas! ¡Qué cuello! ¡Qué pico!

Yo nunca había visto de cerca una golondrina...

Me daba pena soltarla y me parecía al par una crueldad inaudita no dejarla marchar...

No me atrevía á mover los dedos, temerosa de hacerle mal...

¡Si vieras cómo temblaba entre mis manos!

Parece un corazón muy pequeño, pero muy tierno, que tuviese pena, mucha pena...

Yo no debía retenerlo, robarle su libertad, ya que tenía la dicha de ser libre, allá, arriba, ¡en los cielos...!

Por fin, arrancamos un pedazo de cinta azul del abanico, una cinta menudita y estrecha, y le hicimos, sin lastimarla, un collar, con un lazo, alrededor del cuello...

Luego, las niñas la besaron, en la cabecita, y yo, que la tenía en las manos, le di un beso en el pico, un beso muy largo y muy dulce, que con el alma entera le pedí llevase á tus labios...

¡Abrí los dedos y el ave escapó, casi orgullosa de su adorno!

¡Qué tristeza me dió el verla escapar, piando, feliz de verse libre de nuevo!

¿Adónde iría?

¿Quién sabe...!

Se perdió en el azul, brillando al sol como una flecha de oro...

Y mis ojos y mi alma la siguieron con una ansiedad tan angustiosa, que sentí, por mis mejillas, resbalar la fría y lenta desolación de las lágrimas...

¿Llegará á ti?

¿Llamará con su ala á tus cristales, como diciéndote:—Despierta, te traigo un mensaje y un augurio de felicidad?

¿Pasará, volando por tu lado, dejando en el aire que respiras, mi beso? —

¡Alma mía, mira tú siempre á todas las golondrinas que pasan; y la que tenga un lazo azul, la más bella, la más fina y la más esbelta, esa es la mía, mejor dicho, la nuestra! Verás cómo ella también te reconoce...

¡Le hablé yo tanto de ti, en aquel momento inolvidable en que palpitaba entre mis manos!

¡Tenía unas plumas tan brillantes, tan suaves, tan cálidas...!

¡Qué no hubiera yo dado, por poderme reducir, por haberme convertido en una cosa muy pequeña para abrazarme á sus alas, y volar, y volar, á través de los mares y de los montes, hasta tu soledad y tu tristeza y darte en los labios toda mi pobre carne hecha besos, y toda mi alma transformada en ternura, en suavidades, en delicadezas...!

Ama á las golondrinas, siquiera en recuerdo de ésta que te llevó lo más puro y santo de mí ser.

Abril 1902.

Después de una semana de angustia espantosa, de incertidumbre mortal, recibo noticias tuyas, una carta que derrama en mi alma la más inefable de las alegrías...

Ayer te escribí una carta de negruras, de pesares...

Estaba el día cenizoso, impregnado de una poesía helada que se me entró en el alma, deshaciéndose allí en una lluvia de lágrimas...

¡Qué tristeza da esta lluvia, este frío que se filtra en los huesos, que parece llegar á nosotros con ansias de muerte, extenuándonos, torturándonos, amortajando nuestra imaginación con no sé qué presentimientos de próximas descomposiciones...!

Nuestra boca siente la humedad de la tierra mojada, y parece que respiramos el aire de un sepulcro...

¿Qué terror nos domina? ¿Qué fantasmas terribles nos amenazan en esta semiobscuridad preñada de miedos?

Sentimos anhelos de gritar, de pedir socorro, de huir, y terminamos resignándonos á lo inevitable, á una agonía lenta y fría, como la lluvia que resbala por los cristales y extiende sus crespones de niebla sobre el llano...

Ayer, fué espantoso. Deseaba morir, renunciar á todo, entre aquellas dolerosas convulsiones que retorciían, destrozándoles, mi alma y mi cuerpo...

Pero hoy, esa misma lluvia y esa misma luz enferma y nostálgica, que lo emplomiza todo, en vez de desesperarme, de martirizarme, me dan una divina languidez de fuego, que me hace morir, doblarme desfallecida, pálida y temblando de amor, sobre tu recuerdo...

¡Amor mío, será divino ver la lluvia, estando á tu lado, escondida entre tus brazos, con la cabeza refugiada sobre tu hombro!

¿Cuándo apagará al rumor de la lluvia el rumor de tus besos?

Vuelvo á escribirte, después de dos horas larguísimas y terribles, de una visita abrumadora.

Vuelvo á ti, ávida, loca, á abrazarme á tu recuerdo, á tu imagen, á tu fantasma.

Yo no sé qué es esto que me acomete á veces... Es un delirio, un vértigo, una ansia inexplicable...

Siento como si se abriera mi cuerpo y saliera mi alma, á extenderse con su locura por todo el Universo, á subir, á elevarse al infinito, y, luego, inmensa, engrandecida, llegara á ti, á ser tu esclava, á morir á tus pies... á tus brazos. á tu boca...

Yo no sé si soy buena ó si soy mala, si sé, si ignoro, si vivo, si muero... Yo no sé nada, pero sé que te adoro, que muero de ti y por ti...

Fuiste mío, eres mío, serás mío, fatalmente mío, porque tu alma es ésta que siento palpitante en la mía, porque tu corazón es éste que oigo latir en mi pecho...

Octubre.

Te envío el rizo prometido.

Vacilaba mandártelo. ¿Sabes por qué? Me parece mezquino, indigno de tus manos, de tus ojos, de tus labios.

Antes tenía yo el cabello muy bonito, más claro, más brillante, y tan largo, que me hubiese servido de manto.

A veces me entristezco al mirarme al espejo. Ya no me sonrío como antes. No. Me da rabia, vergüenza de mí. No me creo lo suficientemente bella para aprisionar en mi rostro tu atención, para recrear constantemente tus ojos con una fiesta de belleza.

Yo quisiera ser una mujer extraordinaria, maravillosa, dotada de todas las perfecciones del alma y del cuerpo, inteligentísima, de una belleza suprema, para que fueses el dueño absoluto de cuanto grande hubiese en el mundo, todo reunido y exaltado en mí.

Sólo tengo mi alma, mi pobre alma que se entrega á ti, con sus ternuras, sus delirios, con todo lo que posee.

Mi alma que te adora, que te adora muriéndose de amor, muriéndose nostálgica de tus besos, de tu cariño, de ti... Te escribo con un ansia loca, como nunca, poniendo en cada palabra pedazos de mis entrañas.

He soñado contigo esta noche... No sé qué... Por más esfuerzos que hago no lo recuerdo. Pero debió ser algo muy dulce y muy bello, porque mi hermanita dice que cuando entró esta mañana á despertarme, yo sonreía... ¡Cuánto he sufrido estos días, amor mío, cuánto he sufrido!

Creí que huías de mí, que me abandonabas; y los pensamientos más terribles se aferraban á mi alma, destrozándola... Era como una pobre corza en un cubil de leones hambrientos!

Pensé destruir mi vida, destruirla enérgicamente, de un golpe, para siempre... ¿Qué iba yo á hacer en la vida sin ti?

Sin ti, la existencia es tan insoportable, tan tremenda y brutalmente fatigosa que me pesa, que me aplasta, que me aniquila, en una tortura fatal y plena.

Sufro; me muero; me muero sin ti; sin tu cariño, sin tus caricias...

Ven, ven por mí... Ten valor... Vuela; atraviesa los mares, el tiempo, el infinito, todo, y ven por mí... Llévame contigo, donde tú estés, á la gloria, al infierno, donde sea, á sufrir contigo, á gozar, á ser dichosa siendo tu esclava, plegándome á ti, convirtiéndome en tu sombra, en el aire que respiras, en algo tuyo...

Yo no quiero estar tan lejos de ti. No quiero estar, no puedo estar sin verte.

Yo haré por ti las mayores abnegaciones, las heroicidades supremas.

Te daré todas mis energías, toda mi fortaleza, todas las delicadezas de mi alma... Viviré para ti, ayudándote, animándote, siendo tu consuelo, tu amparo. ¿Qué cruz no resistirán mis hombros? ¿Qué abrojos no pisarán mis plantas, si siento en mis manos el calor de las tuyas, si puedo verme en tus ojos y oír tu voz?

Tú me amarás; sí, me amarás mucho, infinitamente. Me darás un amor desmesurado, como el mío, inmenso, que te haga estallar el pecho, como á mí, que te trastorne, que te embriague y te enloquezca, como á mí.

Ven, ven, dime que me amas así, como nadie amó. Dímelo... No me mientas nunca...

¡Si tú me engañases, moriría de desesperación, troncharías mi vida...!

¡Oh, sería cruel, cruelísimo! ¡Desgarrarías mi pobre alma, mi pobre alma que tú mismo has despertado, y ante la cual has abierto horizontes infinitos de ternura...! ¡Sería una infamia inaudita...! Y mira, oye, esto que voy á decirte, muy bajito. Aun así y todo, te adoraría, moriría sin una queja, bendiciendo tu nombre, besándole, al escaparse por mis labios, con el último aliento de mi vida.

Agosto.

IX

Hoy estoy mejor, mucho mejor.

Te envío una sonrisa, una caricia... ¡y tantas cosas de mi corazón!

Sonríeme tú también. ¿Por qué nosotros mismos hemos de angustiarnos? Ya que nadie nos consuela consolémonos nosotros. Ya voy renaciendo, poco á poco, pero renaciendo al fin. Quiero apartar de mí tanta cosa terrible, tanta cosa como quiere destruirme, hundiéndome para siempre en el vacío, en la nada.

¿No es verdad que sería muy triste que yo me deshiciera, que desapareciera para siempre, llevándome en los labios este beso ávido, que es la entrada de toda mi alma y de toda mi vida?

¿Por qué morir? Es pronto aún. Yo retengo con ansia—quiere retenerlas—la esperanza en mi alma y la salud en mi cuerpo, como el que se aprieta los bordes de una herida por donde se le escapa la sangre...

Quiero conservarlas para ti.

¡Si vieras cómo luchó! ¡Son tantos y tan grandes los golpes que en la sombra me asestan! Pero no temas. En el fondo de mi ternura hay algo vigoroso, algo salvaje é indomable, que sabrá unirse á tu alma, que la alentará, que la avivará, que la sostendrá en esta lucha...

Tú me has encontrado ya medio muerta, al venir. Enterrada toda mi fortaleza entre desdichas y adversidades, ¿qué iba á hacer?

Llegaste otra vez á ser mi visión. Te veía de nuevo sin forma real, como una cosa soñada. Quería atraer á mi espíritu tu imagen y no podía. Se había esfumado completamente. No te recordaba de carne. Sólo tus ojos, una mirada tuya se reproducía alguna vez en mí, sacudiéndome.

Y al mirarte á mi lado, al sentir tu contacto, al tocarte con mis manos febriles, me has aturdido, me has dejado el alma y los ojos llenos de asombro. No sé qué te he dicho, ni sé lo que he hecho. Me has parecido una mentira, una burla de alguien contra esta pobre alma que enloqueció

de esperarte. Y ansiando acercarme, te huía; y ansiando hablarte me ahogaba el tumulto de palabras que acudían á mis labios...

¡Morir! ¿Por qué morir? ¡Si aún no hemos vivido la vida bella, la nuestra, la que nos reserva el Destino, tras de tantas violencias, después de tantas tiranías...!

No te abatas, no te desalientes. Soy yo, tu Amada, la que está ante ti, sonriendo, sonriendo. Toma de mis labios esa sonrisa de esperanza. Es tuya. Es tuya, como todo lo que en mí hay digno de pertenecerte. Yo te haré feliz, muy feliz, el más feliz de los mortales. Tú mereces una felicidad suprema, inmensa, sin límites, única como tu alma, y como ella, infinita.

Todo cuanto tú sueñas, cuanto pida tu espíritu insaciable, todo te lo daré yo. Perdóname, perdóname. Yo quisiera decirte todo esto que me enloquece, este tumulto de ideas, palabras y sentimientos que me asfixia, pero no puedo, no puedo... Y hay momentos en que me siento morir... ¡Qué frío, qué frío todo para expresar el fuego que llevo dentro! Me exalto, me quedo suspensa, extraña á todo, absorta, paralizada de tanto sentir, helada de tanto arder... No puedo, no puedo... Esto es tan grande, tan grande, que ya no sabe salir fuera de mis labios, y me ahoga, me ahoga... ¡Ten piedad de mí!

Julio.

X

¿Qué hubieras tú hecho, al verme, de improviso, penetrar en tu estancia, al sentirme abrazada á tu cuello, besándote, besándote en la boca, en los ojos, en la frente, en esa frente que yo ansío coronar con mis besos, con estos besos tenues, largos, de ensueño, que guardan mis labios avaramente para ella solo?

Estos besos que salen de mi alma y ascienden por mis labios, despacio, muy despacio, adormeciéndome el cuerpo, besos de reposo y de paz, tan callados como una muerte!

¿No sueñas tú también con unas horas tranquilas de silencio, en que yo dé á tu frente un beso de vaguedad y de misterio, un beso de hermanos, y tú me beses también, lentamente, en los ojos, y que luego, sin hablar y sin besarnos, se digan nuestras almas unas cosas muy extrañas y muy bonitas, lo que jamás se dijeron porque las palabras son pobres y las miradas inexpressivas?

Yo sueño siempre, en mi soledad, con esa sorpresa y con esos besos. Y á veces, suspendo mi labor ó interrumpo un estudio en el piano, y quedo extática, con los ojos muy abiertos y sin ver nada, inmóvil, soñando estos bellos sueños de felicidad y de encanto.

Junio.

¡Qué crueldad, amor mío, la del Destino contra nosotros! Tú no sabes cómo me han puesto el alma... Pero no quiero atormentarte con mis lamentaciones... Sólo, sí, muerta de dolor, agotada de fuerzas, rendida ya de sufrir, mi alma te grita, á pesar de todo, que es tuya, únicamente tuya, que te ama, que te amará siempre, por cima de todos los obstáculos y de todas las vicisitudes.

Tuya, tuya, en alma y en cuerpo; ser tuya, en tu alma y en tus brazos...

Tú también, ¿por qué tú también has sido cruel conmigo?

¡Qué horrible lo que oí de tus labios! Tus palabras se han ceñido á mi corazón y lo están ahogando. Parece que tienen dientes y me trituran vorazmente las entrañas.

"Tú no eres; tú no eres... Me he equivocado... Creí hallar en ti á la mujer superior, á la Única, y sólo he encontrado un poco de ternura... y nada más".

Tengo que decirte para que sufras, para que te estremezcas de remordimiento, al pensar en tu crueldad.

Mas, perdóname, perdóname. Es verdad, es verdad. Yo no he sido para ti la que soy, la que seré. Estaba espantada, acosada constantemente. Tras de mis sonrisas, tras de mis silencios, te he ocultado muchas, muchísimas lágrimas...

Perdóname.

Yo soy, yo quiero creer que soy la que tú has soñado, la que tú amas, la que tú ansías, la que sonreirá feliz, un día, entre tus brazos.

Quiero auyentar estas sombras negras, que me envuelven, y pensar en la Esperanza. Quiero sonreírte siempre, desde lejos, ya que no puedo hacerlo á tu lado.

Respiro ahora algo tuyo, algo que tú has dejado, guardándome á mi alrededor. En estos muebles, en estos cuadros, en el aire, en todo, respiro como tu perfume, y todo me parece más bello, más alegre, porque tú lo has visto, porque tú lo has tocado.

¿Cuánto debo haberte hecho sufrir con mis equivocaciones! Ahora, al recordarlo, me da una pena inmensa... Mas no me guardes rencor, que yo te lo pagaré, te lo pagaré espléndidamente, en una cuenta de felicidad que no se acabará nunca. Estoy sola. Ya van á dar las doce, la hora en que yo te esperaba, contando los segundos...

¡Qué angustia y qué vacío sin ti!

Desde que te dieron su último adiós, mis labios están cerrados. No he vuelto á hablar á nadie. ¡Si vieras anoche qué horas más terribles, más desoladas!

Estábamos á oscuras, con el balcón abierto, sin que ninguno nos atreviésemos á hablar. El silencio hacía daño.

De pronto resonaron unas músicas en la calle, y todos se agolparon al balcón.

Yo, ahogada de pena, dejé caer mi cabeza en la falda de mi madre, que estaba junto á mí. Y la pobre, sin decirme nada, me acarició los cabellos y la frente, me acarició despacio, lentamente, com-

prendiendo acaso algo de lo que pasaba por mi alma...

Y las músicas seguían á lo largo de la calle, en la tristeza primaveral de la noche, perfumando el silencio de una infinita y dulce melancolía...

"Amor non torra piu...

Septiembre.

XII

¿Por qué tú estás enfermo y yo lejos de ti?

¿Cómo habrás pasado esta noche que ha sido la más larga y angustiosa de mi vida?

¿Qué pena verte marchar tan enfermo y tan solo, á donde no hallarás más que manos mercenarias que te cuiden de mala gana!

¿Qué noche de inquietud y de desesperación, sin poder llegar á ti, á tu lecho tan triste, y darte la salud y la alegría, con mis besos, con mi alma, con mi sangre toda!

¿Cómo te hubiera yo cuidado, cómo te hubiese tomado entre mis brazos, como á un pobre niño enfermo, apretándote en ellos muy dulcemente, muy suavemente, para no molestarte, para no hacerte daño... Y muchos besos, muy chiquitos, en tus ojos, en tus labios, en tu frente. Y pasaría, despacito, muy despacito por tus mejillas, las mías...

Yo pienso siempre acariciarte así... Ya ves, me acaricio la cara creyendo que eres tú quien me la acaricia, y entorno los ojos, y mis manos me parecen las tuyas, y me hablo, me digo muchas ternezas, y mi voz semeja tu voz...

¡Oh, cómo desearía estar realmente entre tus brazos, y sentir en mis labios tus besos...!

¡Oh, mi alma, cerrar los ojos y morir sintiéndolas...!

¿Cómo deseo tus caricias! Tus caricias suaves, muy dulces y muy tenues, y tus caricias locas, salvajes, que me destrocen y me maten.

¡Ya verás, ya verás cómo sé amarte! Tú verás con qué amor y con qué orgullo se abren para ti, de par en par, toda mi alma y todo mi cuerpo...!

¿Tú no sabes el martirio mío de todas las noches, sin llegar á decirte tanta cosa como sube á mis labios, tanta cosa como muere ahogada, sin darte la felicidad suprema de escucharla! Yo no sé qué me pasa... Me molesta oír mi voz. Yo te lo diría todo al oído, ó en tus brazos... sí, sí, en tus brazos, apretándome mucho á tu cuello, apretándome á tus labios, á todo tu ser; y á veces también á tus ojos sólo, sólo á tus ojos... ¿Qué tristeza, aún no me he visto en ellos!

No hagas tú caso cuando me enfado... Son bobadas, mimoserías... Tú me contentas, ¿sabes? A mí me gustará enfadarme mucho, para que tú me digas cosas y me contentes. Y cuando estemos juntos, para que me cojas en brazos y me des muchos besos, como á una niña consentida. Yo te castigaré á ti; también á besitos... Verás qué buena soy contigo y cómo disipo todas las penas de tu vida!

Yo sonreiré siempre, siempre, para que tú no sufras nunca.

Confía en mi cariño, en mi corazón, que sabrá encerrarte en un sueño eterno de felicidad. El tendrá para ti todos los amores que no hallaste en la vida. Yo seré tu madre, tu hermana, tu amante. Todo.

Tolérame tú á mí un poco. Ve quitándome con tu dulzura, con tu amor, todas mis rarezas. Yo seré dócil y buena, si mi docilidad y mi bondad te agradan...

Soy la masa de cera entre tus manos... Tú puedes modelarme como desees.

Octubre.

XIII

Yo no sé... Pasaste junto á mi alma, como un ensueño fugitivo... Y aún no sé si tu amor fué una realidad ó una quimera.

Me parece mentira tanta dicha. Esto es enormemente maravilloso para una mísera vida desesperanzada.

¿Qué pena tu ausencia...! Pero no, no podemos estar juntos. Sería plena y perfecta la felicidad, y nos está vedada.

Esto es horrible, sin embargo. Yo no vivo, no duermo; estoy realmente enferma; me estoy muriendo... Es una postración, un decaimiento de fuerzas que me tiene consumida.

No puedo vivir, ni aun sufrir sin ti...

Te quiero como eres, bueno ó malo, pero siempre tú: el soñado. Tú eres mi dueño, mi rey, mi dios. Por ti comprendo todos los fanatismos y hasta todos los crímenes.

¿Qué felicidad ser tuya, ser amada por ti, vivir de tu misma vida en tu propia alma...!

Te adoro, te adoro... Se lo repito, enloquecida, á tus retratos, á tus cartas, á tu sombra que me persigue, que me busca siempre... ¡Y si vieras! De noche, cuando voy adormeciéndome con tus cartas en la mano y tu retrato sobre mi corazón creo que tu alma viene á mí, y me acaricia y me besa muy suavemente; y me duermo sonriendo, con tu nombre en mis labios...

Y tú, ¿no sientes también, entre sueños, el roce de mi boca, que es tuya, que te dice adiós, cerrándote los ojos dulcemente?

Yo pienso que no podré resistir la divina realidad de estas quimeras, que me matará tanta ventura, que sólo al volver á verte moriré...

¡Verte, verte, verte siempre, á todas horas, no separarme jamás de ti...! ¿Cuándo? ¿Cuándo?

¿Cuándo. ¿Cuándo?

Noviembre.

XIV

¿Eres un fantasma? ¿Este amor ha sido un bello sueño? Un sueño ¿nada más? Y tantas bellas palabras, tantas lágrimas, tantos besos, ¿no serán sólo ilusiones, notas dispersas de una música que oímos en sueños? ¿En dónde estás? ¿En



dónde? ¿Has existido, existes aún...? No lo sé... No lo sé.

Mi vida sangra por todos sus poros... No hay sitio en todo mi cuerpo y en toda mi alma donde no se abra una herida... Adiós... Eres lo fatal, lo irremediable... Y te digo adiós, en la seguridad de que hoy mismo quizás, acaso mañana, dentro de un año, dentro de un siglo, volveré á encontrarte. y á pesar de todo, volveré á ser tu esclava, algo más tuyo que el alfiler de tu corbata y la sortija de tus dedos.

Diciembre.

Comentario.

Al azar he copiado esos fragmentos de dos diarios íntimos, tan íntimos, que dudo se hayan escrito alguna vez en la realidad.

Notas incoherentes... ¿Acaso la incoherencia no es la forma más sincera de la sinceridad?

¿Quién los inspiró? ¿Una mujer ó varias mujeres?

Una y todas: La mujer.

Todas las mujeres no son más que el camino que el amor recorre en busca de la Unica.

A través de la carne perseguimos siempre un alma; y al besar una boca, aun la más bella, aspiramos respirar en sus besos el perfume lejano que nos impregna interiormente... Recuerdo, acaso, de algo que fué nuestro, ó presentimiento de algo que deberá serlo...

El amor no es más que la nostalgia de una felicidad que perdimos, y que anhelamos encontrar en todo, aun en la misma Naturaleza.

Esta historia no fué escrita para nadie, y lo es para todos.

Sus protagonistas no tienen nombres... ¡Que cada enamorado les dé el suyo, y que cada uno ponga algo de su propia vida, en estas páginas, para poder entender el oculto sentido de esta historia... que es la eterna, verdadera y única historia del amor!

FIN

Francisco Villaespesa

Los Contemporáneos

— Revista semanal ilustrada —

Publica en su número próximo
EL BARRIO DE LA MANOLERÍA

Novela de ALEJANDRO LARRUBIERA

COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MÁQUINAS DE ESCRIBIR Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO-

:: :: PETAS Y BICICLETAS :: ::

AL TODO DE OCASIÓN, FUENCARRAL, 45

PARAGUAS Y TODA CLASE DE OBJETOS PARA REGALO

A LOS ESPAÑOLES! "DOMUS AUREA"

en la REPUBLICA ARGENTINA!!

Gran Centro de Suscripciones á todas
las Revistas y Periódicos de España.

CAMILO VILBARO

913, BDO. DE IRIGOYEN, 913—BUENOS AIRES

39, FUENCARRAL, 41



Vende el calza-
do más selecto
de España.

PIANOS

MONTANO

ARMONIOS

Pianos Solodant-Phonola-
Ronish. Ultima creación en
Phonolas, Autopianos y eléctricos.
Rollos extranjeros de música de 65,
73 y 88 notas, desde 1,50 á 10 pese-
tas. Gran Salón de conciertos. Pri-
mer servicio para el traslado de
Pianos.

**Calle de San Bernardino, 3.
MADRID**

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO 12, CAPELLANES, 12 PRECIO FIJO

TAPAS

para encuadernar todos los semestres

DE

Los Contemporáneos

Están ya hechas y son suma-
mente artísticas, como corresponde á

UNA PUBLICACION LUJOSA

La tela es de simili seda y las hay en
los colores frambuesa y azul porcelana.

Precio: 2,50 el juego

EL AUTOPIANO

Este maravilloso aparato facilita á cualquiera
persona el medio de ejecutar las obras musicales
de una manera verdaderamente artística, pues-
to que permite acentuar cualquier nota ó gru-
po de notas, realizando, por consiguiente, lo
que hasta ahora se consideraba imposible.

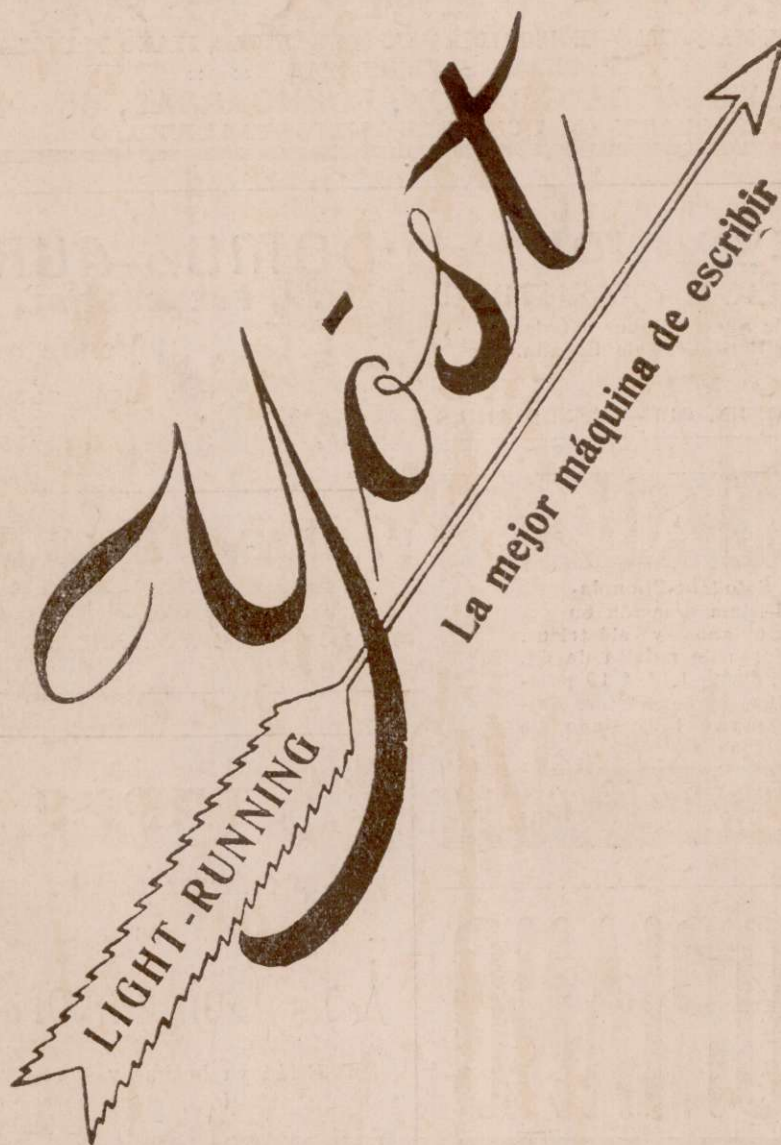
Aparatos aplicables á cualquier piano, desde ptas. 1.600
Pianos combinados con aparato..... " 2.500
Únicos Agentes, GASSET & TOLEDO. Victoria, 4. Madrid.

Impresos de lujo y corrientes

CAÑOS 4

2.000
-NC -AN
-CES -ALN

CASA CENTRAL DE LA "YOST" EN ESPAÑA



MADRID.---4, BARQUILLO, 4.--- MADRID